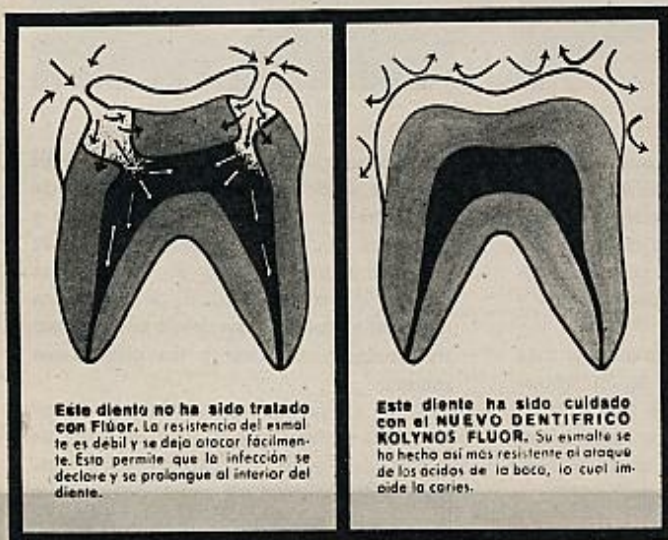


Ensayos científicos efectuados independientemente en Inglaterra y en Estados Unidos prueban que la incorporación de compuestos de Fluor al agua potable de las ciudades provoca una disminución de la caries dental.

AHORA!

KOLYNOS le sirve el FLUOR en un DENTIFRICO que IMPIDE VERDADERAMENTE LA CARIES



Los dentistas y los sabios reconocen, desde hace tiempo, que el fluoruro de sodio, una sustancia mineral natural, tiene el poder de atenuar considerablemente la caries dental. Desde 1945 numerosos municipios han incorporado este producto al agua de sus ciudades. El resultado ha sido una considerable disminución de las caries dentales en esas zonas donde el Fluor ha sido incorporado al agua.

AHORA, usted puede beneficiarse del Fluor, bajo una forma eficaz en un dentifrico: NUEVO dentifrico KOLYNOS CON FLUOR.

AHORA, usted puede tener dientes con resistencia a la caries muy aumentada

EL NUEVO KOLYNOS CON FLUOR AUMENTA LA RESISTENCIA DEL ESMALTE DE LOS DIENTES AL ATAQUE DE LOS ACIDOS.

EL NUEVO KOLYNOS CON FLUOR actúa acrecentando la resistencia del esmalte de los dientes al ataque de los ácidos de la boca. Y esta resistencia a los ácidos aumenta cada vez que usted se cepilla los dientes con KOLYNOS CON FLUOR, reforzando así cada vez más la protección contra la caries. Cuide, pues, sus dientes con KOLYNOS CON FLUOR. Protege los dientes mucho mejor que cualquier otro dentifrico corriente.



Kolynos es una marca registrada

E STAMOS hoy todavía demasiado acostumbrados a la actitud conformista en la Iglesia.

Hemos olvidado la sana y constante crítica que se ejercía en la Edad Media.

Un especialista católico alemán, Pablo Simón, dice: «A lo largo de un milenio, en la conciencia del hombre medieval, la Iglesia y su crecimiento fue el anhelo de toda la comunidad. Por eso podía uno, sin obstáculo, ocuparse de las debilidades de los clérigos. Nadie se escandalizaba por esto; porque la Iglesia, como tal, no era puesta en cuestión, como tampoco la función auténtica de los clérigos».

¿Por qué hoy todos incurrimos en la actitud contraria muchas veces?

Porque a pesar de la libertad de que decimos gozar, en demasiadas ocasiones nos hacemos deudores de una hipocresía de grupo, falsamente justificada, y que no puede, sino traer inconvenientes a la Iglesia misma.

¿No es el Concilio el que dice, adoptando una actitud más franca: «Actualmente conoce la Iglesia cuánta distancia separa el mensaje por ella predicado, y la humana debilidad de aquellos a quienes está encomendado el Evangelio?»

Por eso no tiene inconveniente tampoco —como recordé en otras ocasiones— en dar una norma que a algunos tímidos pacatos habrá de chocar: «Debemos ser conscientes de esos defectos —sea cual fuere el juicio de la historia— y rebatirlos con fuerza, para que no lesionen la difusión del Evangelio» (Const. sobre Iglesia en el mundo).

Buen programa, que no me cansaré de repetir: «debemos ser conscientes de esos defectos»; y nunca podemos adoptar la postura complaciente de conformarnos con ellos, sino «rebatirlos con fuerza».

¿Hacemos esto los católicos?

Y O mismo acabo de hablar en Salamanca y, después de haber dado la conferencia, me doy cuenta que fui demasiado tímido en algunas críticas. Por eso quiero rectificar, y recordarme a mí mismo, y a los demás, que en Iglesia «a los que faltan a los deberes públicos, hay que reprenderlos públicamente» (San Agustín).

Si hasta ahora —en estos últimos años— los que ejercían la crítica contra los defectos de los seglares, eran los clérigos en sus sermones o cartas pastorales, desde hoy somos todos (fieles y dirigentes) los que tenemos que ejercerla con todos, para evitar caer en el letargo del conformismo complaciente.

Que no sea desde fuera, desde donde se reciban las amonestaciones por nuestros fallos. Es lastimoso que el Concilio tenga que reconocer que no somos nosotros, sino los de fuera de la Iglesia, quienes han hecho esta crítica que le tiene que ayudar a purificarse. A la religión cristiana «cierta crítica más aguda, la purifica de un concepto mágico del mundo, y de supersticiones existentes; y exige cada vez más una adhesión por la fe, más personal y operante» (Const. sobre Iglesia en el mundo).

¿Podemos decir que siempre haya sido nuestra actitud la que proponía el Padre Faber, a principios del pasado siglo: «Todo lo que es amplio, profundo, osado y activo, es lo más conforme al espíritu de la Iglesia»? ¿No ha sido a veces lo contrario?

Digamos las cosas claramente para que se cumpla este deseo constante de reforma que pide el decreto conciliar de ecumenismo. Hace unos años esta afirmación hubiese sido considerada como propia de un autor protestante; hoy es la misma Iglesia católica quien lo dice: «La Iglesia peregrinante es llamada por Cristo a esta constante reforma de la que continuamente ella misma tiene necesidad». El programa que ya empieza en nuestra Iglesia es que «todos... emprenden con energía la obra de renovación y aun la reforma». No hay que esperar a hipotéticas decisiones futuras para empezar a realizar el Concilio; ni tampoco —como algunos profesores han dicho— tenemos que esperar a ordenaciones jurídicas en un porvenir más o menos lejano, para comenzar la puesta en marcha de las enseñanzas conciliares. La mayoría de las cosas son doctrinas que la Iglesia descubre del tesoro de la fe; y nos las pone delante de los ojos, para que sepamos cual es hoy la actitud que debe adoptar el cristiano. ¿Tendríamos que esperar a la decisión de los eclesiásticos, para ser cristianos en la forma que expone el Concilio? Yo no puedo dejar para mañana la realización —por ejemplo— de los derechos humanos básicos, que proclama el Vaticano II; tengo que empezar desde hoy a hacer lo que pueda, con respeto y amor ciertamente, pero con tenacidad y coraje.

No podemos los cristianos ser la imagen del conformismo; sino adoptar la postura permanente de corrección propia y ajena. Propia

para no ser hipócritas; y ajena para ser totalmente eficaz y comunitaria nuestra actuación cristiana.

TODO hombre debe guiarse por su razón», dijo Santo Tomás. Por eso hemos de tener una obediencia inteligente, y no una obediencia ciega, como muchas veces se nos había dicho.

«Quien pasa en silencio el vicio, o el que lo alienta, debía perecer de la misma muerte que el pecador», afirmaba el Papa León IX, sin que le doliesen prendas.

No es ninguna doctrina pía la corrección fraterna. Es algo que exige mucho; aunque actualmente estemos acostumbrados a no hacer caso de este deber social, de tanta trascendencia para el futuro de la Iglesia.

No minimicemos las cosas queriendo hacer ver que la corrección entre cristianos sólo obliga de individuo a individuo, y en lo secreto. Lo importante es la corrección fraterna de quien públicamente muestra un defecto de consecuencias sociales, y que, por eso, hace daño a los hombres en general, y a los creyentes en particular.

Los libros actuales de moral —según el juicio del teólogo, Padre Ambrosio Gardiel, O. P.— «después de haber reconocido esto como un precepto ideal, se las ingenian para endulzarlo de tal modo, que apenas si queda algo de él en la práctica; pero no lo entendían de esta manera los grandes doctores como San Agustín y Santo Tomás».

Este último teólogo —el pensador clásico del Medievo— decía en su «Suma Teológica» que en tres casos debían los súbditos corregir a los superiores eclesiásticos públicamente:

- 1.º «Cuando hubiese peligro en la fe, aun en público han de argüirlos». Si —como San Pedro— ponen en peligro la fe del pueblo, dando lugar a una mala interpretación de su actitud, debemos corregirlos como lo hizo el Apóstol Pablo de Tarso.
- 2.º Si las faltas y fallos son públicos «han de ser recriminados públicamente», como hizo Savonarola con el Papa Alejandro VI, o Santa Catalina de Sena con los Papas de Aviñón, o San Pedro Damiano contra el alto y bajo clero de su tiempo.
- 3.º «Si las faltas son ocultas..., pero no sólo peca contra él, sino también contra los demás, es necesario que cuanto antes se denuncie esto para evitar el daño; a no ser que..., si se hiciera en secreto, bastase para parar el mal». Pues como decía —con el lenguaje de otros tiempos— el suave San Francisco de Sales, por el bien de los corderos, debemos descubrir a los lobos que actúan con disfraz. Si vemos defección en la misión de servicio, hemos de decirlo para que sea corregido, porque hace daño a muchos, y es ocasión de ateísmo porque «los creyentes... con los defectos de su vida religiosa, moral y social han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión» (Const. sobre Iglesia en el mundo).

DE haber ejercido esta corrección pública, hubiéramos conseguido una Iglesia más pura, en muchas ocasiones históricas; y se hubiesen evitado grandes crisis tristemente producidas por falta de testimonio visible de la Iglesia que representaba a Cristo.

«Es opinión frecuente —dice el teólogo católico H. Volk— que la Reforma no hubiera acontecido, si la Iglesia hubiera sido más reconocible». Porque somos nosotros —fieles o dirigentes— los que con nuestros fallos impedimos la visibilidad de la Iglesia. Con ellos la hacemos irreconocible, porque no es por causa de sus cuadros jurídicos externos por lo que se hace visible, sino cuando jerarcas y simples creyentes damos un auténtico testimonio de Evangelio, en nuestro pensamiento y en nuestras realizaciones prácticas.

«Es preciso que el protestante pueda creer que la Iglesia católica... hace presente totalmente el Evangelio de Jesucristo. Pero no basta con pertenecer a la Iglesia para que esta tarea esté asegurada en la forma que debe serlo. Puede ocurrir que en la predicación se omitan tantas cosas, o se acentúen otras de manera tan unilateral, que la catolicidad se encuentre seriamente puesta en cuestión, mucho antes de que la autoridad eclesiástica sea consciente de ello». Eso opina este teólogo alemán, tan profundo como poco conocido en nuestro país.

De ahí que tengamos —los católicos— la difícil misión, ejercida todos los días al despertar, «de no considerar nunca entre nosotros

¿CORRECCION

Por ENRIQUE
MIRET
MAGDALENA

CONFORMISMO?

lo accidental como esencial, ni lo variable como invariable». Y esto —a juzgar por la realidad que percibimos en torno a nosotros— no es tan fácil. Estamos envueltos a veces en supersticiones con apariencia cristiana; aferrados otras a una «religión que es una nota más del folklore español, un tipismo del que no se puede prescindir, sobre todo en ciertas solemnidades» (Obispo de Guadix).

Y «en el fondo de esta postura hay que suponer una deformación del Evangelio, una fe débil y mortecina» (ídem).

Tomemos como actitud nuestra la de «el católico adulto... (que) distingue entre las disposiciones humanas de la Iglesia, que pueden y deben cambiar; y las leyes divinas, que son inmutables» (ídem). Así llegaremos a aliar la fe en lo esencial, con la inteligencia necesaria para no afirmar lo que no es obligatorio.

SERIA, sin embargo, un error querer presentar la Iglesia como algo ya definitivamente puro, y sin adherencias que disminuyan su perfección. Por eso «no cesa de incumbir a la Iglesia un deber crítico» (Padre H. Volk), que le haga acercarse —aunque no lo alcance nunca— al ideal de la pureza evangélica.

El que tiene fe, contesta como lo hizo a Napoleón el Cardenal Conzalmi, secretario de Estado de Pío VII, cuando aquél le amenazaba con un cisma si el Papa no cedía ante sus pretensiones: «Majestad, cuando los ministros del Señor, con su conducta, no han conseguido arruinar a la Iglesia, esté seguro que menos podrá todavía Vuestra Majestad destruirla con el poder de su influjo». Por eso yo combato los defectos estén donde estén en la Iglesia, por respeto al Evangelio del amor que proclamó su Fundador.

Estando en puertas de realización el Concilio, habría también que recordar el dicho de Bousset: «Lo que se propone el catolicismo, es —como corresponde a su condición de ser universal— el preferir a los sentimientos propios, el sentir común de toda la Iglesia». Si alguien hace lo contrario —alto o bajo— sepa que empieza a salirse de la auténtica comunión católica, que tiene como cometido «suministrar un remedio universal, para una enfermedad universal» (Cardenal Newman); y nunca encastillarse en su pequeño recinto amurallado de rutinas o miradas estrechas.

El católico lord Acton, decía en 1864, y ahora nos viene muy bien recordarlo: «Desde el principio de la Iglesia, ha sido ley en ella que haya verdades que estén a prueba, porque los frutos auténticos de su doctrina tienen que abrirse paso a través de un conjunto de costumbres y tradiciones hostiles; y por eso han tenido que ser salvadas éstas, no sólo de sus enemigos declarados, sino también de las manos amistosas que no eran dignas de defenderlas».